

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

*La casa de Santander * La Tertulia de la huerta*

CAPÍTULO XXIV

LA CASA DE SANTANDER



Lujo y arte.— El edificio.— El despacho.— La biblioteca y el archivo.— Tertulia en la huerta.— Cómo pasea Galdós.— Cambio de saludos.

Siempre que Galdós habla de su precioso retiro de la capital del Cantábrico, tiene su voz acentos de entusiasmo.

En su quinta encuentra, como en ninguna otra parte, grata la vida.

Los veranos enteros los pasa allí, haciendo una vida análoga a la que en Madrid hace, y acompañado de las personas de su familia con las que en la corte habita.

Puso a la finca el nombre de “San Quintín”, porque la primera obra que escribió en ella fue la hermosa producción dramática que lleva el mismo título.

Construyó la casa el notable arquitecto montañés don Casimiro Pérez de la Riva, e hizo los planos con arreglo a un trazado que le entregó don Benito. El edificio es artístico, elegante, de sólida y esbelta fábrica. Tiene tres pisos y un sótano.

En la planta baja está el despacho del maestro, una habitación amplia, hermosa, con un ventanón de cristales que mira a la bahía. Está amueblado con exquisito gusto. Todo en él es extraordinario; nada hay allí que sea vulgar. Los muebles se hicieron con arreglo a las indicaciones de Galdós y son originalísimos, elegantes.

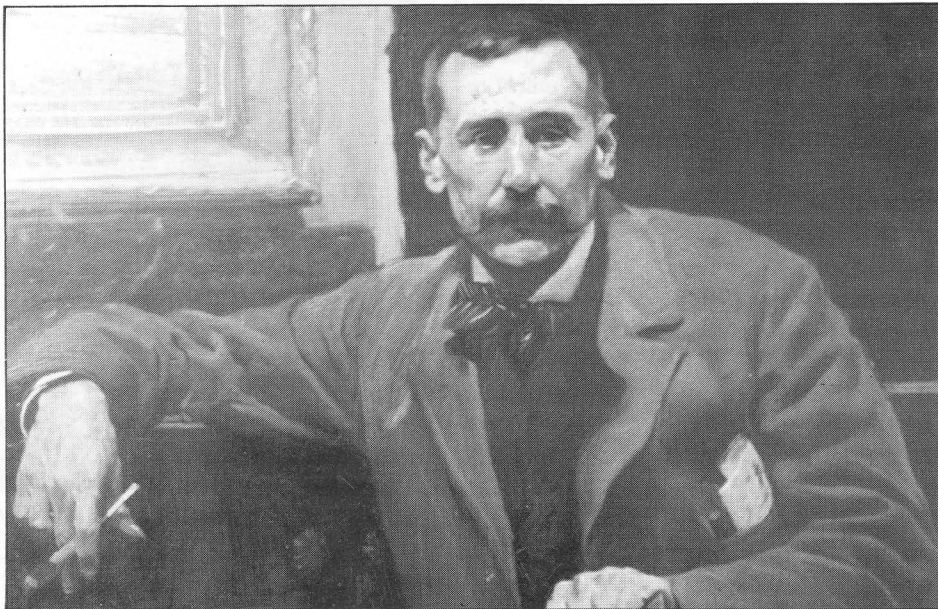
La mesa de despacho tiene dos grandes atriles que facilitan mucho el trabajo. El sillón donde se sienta el insigne hombre es de terciopelo encarnado, con una franja en el centro, encarnada y blanca. A los pies hay una hermosa piel. Además, cuando don Benito se sienta cubre sus piernas con una mantita serrana.

Las librerías son talladas, soberbias. Galdós hizo los dibujos y los construyó el notable ebanista don Manuel Rosado. Hay en ellas numerosos volúmenes de obras escogidas, que forman una gran biblioteca.

En un mueble muy artístico, está el archivo de cartas de hombres ilustres contemporáneos del fecundo escritor. En ellas hallase contenida toda la historia literaria de treinta años a esta fecha. Las cartas más interesantes se publicarán algún día.

En el mismo archivo hay legajos que guardan documentos pintorescos y extravagantes, anónimos y cartas graciosísimas, por lo estupidas, que dirigieron en diversas épocas a don Benito.

En esos legajos figura la carta de que hacemos mención en el capítulo de “Rasgos y anécdotas”.



Retrato de don Benito, por Sorolla. Casa-Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria.

La chimenea la mandó traer de Inglaterra. Encima de ella hay un plato de hierro nielado y damasquinado, que dibujó Mérida, y que fue regalado a Galdós por sus admiradores de las Islas Canarias.

Adornan la estancia, colocados en elegantes marcos, los originales de los dibujos de los *Episodios*, debidos a los notables artistas Pellicer, Mérida (Arturo y Enrique), Apeles Mestres, Lizcano, Emilio Sala, Alejandro Ferrant y otros también muy ilustres.

Hay también estatuas; preciosos objetos que adquirió don Benito en sus viajes a Venecia, Nápoles y Roma; armas de Joló, muy bonitas; porcelanas preciosas; una virgen del Pilar, regalo del célebre actor Antonio Vico, y cuadros pintados por Fenollera, Arredondo, Hispaleto, Fillol, Aurelio Beruete y otros.

Entre esos cuadros figura la acuarela de Maura, con una expresiva dedicatoria a Galdós.

Del techo del despacho cuelga un galeón del siglo XVII, que estaba como ex voto en la iglesia del cabildo de mareantes de Las Palmas, y que el hermano mayor regaló a don Benito en el último viaje que éste hizo a Canarias.

Se contemplan también en la hermosa estancia que describimos, unos cráneos de tiburones, regalo de don Augusto Linares, director de la Estación Biológica.

En suma: el despacho de Galdós es un pequeño museo.

La planta baja la constituyen, además, una antesala hermosa, el comedor, la cocina, un cuarto de servicio y una amplia galería que da a la huerta. En la planta alta están los dormitorios y otras dependencias.

La fachada principal se halla orientada al Mediodía. Tiene delante la huerta de la finca, y más allá, la línea del ferrocarril y la bahía.

Encima del ventanón de cristales de colores del despacho de don Benito, pintó Arturo Mérida dos leones, sosteniendo una columna y ostentando el lema “Plus ultra”.

En la galería abierta de la planta baja, que comunica con la huerta, hay un nido de golondrinas. Galdós le tiene gran cariño, y todos los que en la casa viven lo respetan.

La fachada Norte tiene delante un jardín precioso, cercado, como la huerta, por una tapia de piedra.

En la puerta de la tapia se lee el nombre de la finca: "San Quintín".

Todas las tardes, a las cinco, acuden en el verano a la huerta de don Benito para formar agradable tertulia, don Policarpo Alfredo mercante y simpático progresista, que cuenta ochenta años de edad; don José Estrañi, director de *El Cantábrico*; don Ernesto del Castillo, el coronel Aroca, Esteban Polidura y Eduardo Torralva, socialista y redactor del citado periódico.

Don Benito se sienta en una butaca de mimbre; en un poyo próximo coloca un jarro de leche, y todo el tiempo que dura la agradable tertulia se lo pasa levantándose de la butaca y yendo al poyo, para beber poco a poco la leche.

A lo largo de la tapia de la huerta hay un andén enlosado, donde don Benito pasea todas las tardes. Lo tiene medido; cada veintidós vueltas suponen un kilómetro, y como Rubin, el mayordomo, las va contando, sabe Galdós perfectamente los kilómetros que pasea al día.

Cuando no tenía a la vista la dolencia que hoy le aqueja, pasaba muchas horas el maestro cultivando su huerta, cavando, sembrando, regando las plantas.

Ahora ya no puede hacerlo.

Y para terminar este capítulo contaremos un hecho muy curioso y simpático.

Hace tiempo tenía don Benito colocado en la fachada de su casa, que mira a la bahía, un mástil de bandera. Al pasar los trasatlánticos frente al edificio saludaban al insigne escritor con tres toques de sirena, y don Benito les contestaba izando la bandera.

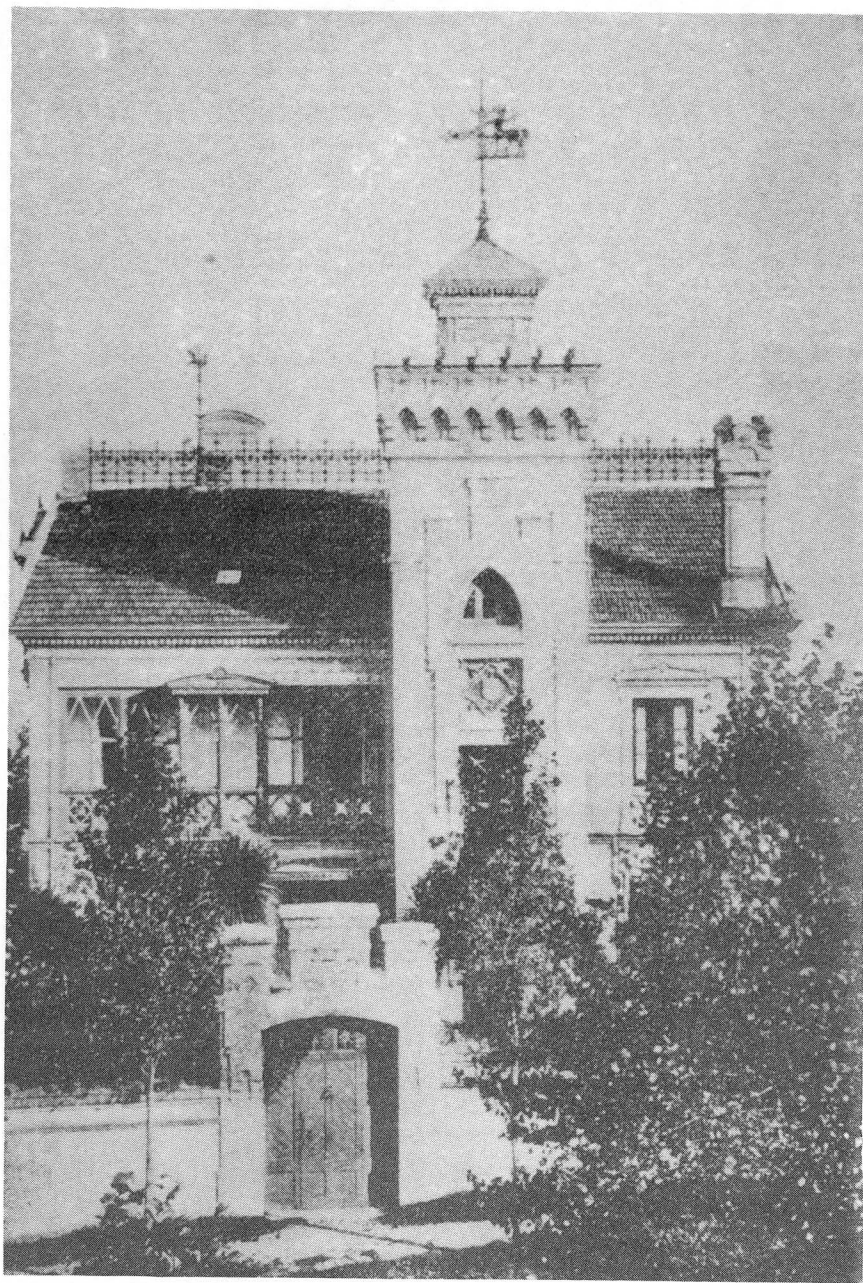
CAPÍTULO XXV

LA CASA DE MADRID

Estilo mudéjar.— El despacho.— Las otras estancias.— Un Cristo sobre el lecho.

Y ahora, lector, queremos darte una idea acerca de la mansión donde vive en Madrid este fecundo ingenio cuya vida y costumbres ya conoces.

En la calle de Hilarión Eslava, todavía sin aceras, desmantelada aún, hay una tapia de ladrillo y una puerta verde. Silencio y austeridad enormes. Abierta la puertecilla humilde, nos hallamos en un jardincito comenzante, en el que no ha puesto la coquetería ningún destello. D. José Hurtado de Mendoza, sobrino del gran Galdós y amo y constructor de la vivienda, ha plantado allí una miniatura de jardín botánico. Este jardín ro-



La famosa casa "San Quintín", en Santander, donde Galdós pasaba los veranos.

dea la casa por su frente y por su linde izquierda. Arbolitos jóvenes, matas bien cuidadas. Al final un patizuelo donde picotean unas gallinas y donde se rasca al sol un gato negro.

Estamos frente a la casa. Es una imitación exacta del arte mudéjar. Ladrillo rojo, arcos chatos, ajimeces, una puerta dorada y un torreón alhambresco. Diríase, con un poco de imaginación, que va a emerger de esa puerta alguna sensual y roburosa princesa, cautiva del Corán.

No es una princesa quien sale, sino una criada cuarentona.

Hay un gran vestíbulo, un *hall* como diría Furciátez, inglés... El vestíbulo es claro y espacioso. Hay un lienzo de Sorolla con el retrato de don Benito, en una actitud descuidada, fumando un cigarro. Tiene el retrato mucho vigor. El propio don Benito, colga-

do de la pared, parece mirarnos. Hay una librería, con libros, claro está, fotografías, mil cosas. Al fondo se ve una escalera que conduce al segundo piso de la morada.

A la izquierda, como ya dijimos en otro lugar, se halla el despacho. Hay una mesa vulgar, donde el genio ha trazado buena parte de sus obras; una librería basta, el rastro de Galdós, pues su biblioteca selecta la tiene, bien custodiada, en su casa de Santander; una butaca donde el maestro reposa y dicta. Tiene el despacho dos ventanas. Se ven solares en abandono. Allí los reclutas aprenden la instrucción, y los veteranos hacen el amor, por las tardes, a las Maritornes zafias.

Luego, está el despacho del Sr. Hurtado de Mendoza, un despacho corriente, de arquitecto. La cocina, las despensas y otras estancias llenas de cachivaches, se hallan en el sótano.

Pero subamos la escalera. En su pared vemos mosaicos del gran Zuloaga, esos divinos mosaicos que han apresado el alma desnuda y fuerte de Castilla. Las alcobas. Respetamos las pertenecientes a las hermanas del maestro, y penetramos en la suya. Nuestra emoción es grande. Miramos con avidez.

Nada peculiar llama nuestra atención. Es la alcoba de un estudiante. Un lavabo de madera blanca, un par de sillas, las paredes escuetas, el lecho estrechito, de hierro, un lecho sencillo, y encima, sobre la cabecera, un Cristo negro y expirante, muy artístico, velando el sueño de Galdós.

Este Cristo es lo que más impresión nos causa.

¿Por qué tendrá Galdós ese Cristo sobre su cabecera? ¿Es creyente? ¿Cedió al influjo de sus hermanas, damas religiosas y honestas? ¿Es una impulsión inevitable de los siglos?

Sea ello lo que fuere, a nosotros esa bella imagen nos ha inspirado vivos pensamientos.

Arriba, la azotea.

Y nada más.

Ésta es la Casa de Galdós, la casa donde el gran viejo ha cobijado su gloria y sus achaques, la que es testigo de su vida en ocaso, la que encierra el tesoro de esa vida gigantesca y luminosa.

¿Impresión total? La casa no tiene, fuera de la fachada, nada de exquisito. ¡Qué más da! La gloria de Galdós le basta y le sobra para llenarla de resplandor intenso.

CAPÍTULO XXVI

LO QUE HAN PRODUCIDO LAS OBRAS DE GALDÓS

Contratiempos y reveses.— Un pleito.— Galdós, editor de sus libros.— Cinco millones de pesetas.— Lo que ganan los libreros.— Galdós no es rico.

Nos tenía ofrecido Galdós contar en este libro lo que le han producido sus obras. Y un día, al penetrar en su despacho, le recordamos su promesa.

—No he tenido tiempo de hacer esas cuartillas —nos contestó— pero ahora mismo quedará redactado el capítulo. Pregúnteme y escriban lo que vaya diciendo.

Obedecemos, y, acto seguido le preguntamos:

—¿Le han producido mucho dinero sus obras?

—Sí, dinero han producido, y mucho. Desde que empecé la primera serie de *Episodios Nacionales* el año 73, mis obras tu-

vieron el favor del público. Este favor no ha desmerecido en el curso del tiempo, antes bien, va siempre en aumento. La baratura de los tomos de *Episodios*, la igualdad de su forma y la periodicidad relativa de su publicación (salvo los espacios que mediaron entre una serie y otra) contribuyeron a darme lectores asiduos, cada vez más numerosos. Pero en los treinta y cinco años transcurridos desde *Trafalgar* y *La Corte de Carlos IV*, no han faltado reveses y contratiempos, por los cuales ese millón de pesetas de que ustedes hablan tiene mucho de leyenda y nada de historia.

—¿Cómo publicaba los libros?

—Publicaba yo en aquel tiempo mis obras asociado con un amigo, y así continué haciéndolo hasta el año 96. En esta fecha creí que aquella sociedad no me convenía y traté de disolverla. Naturalmente, sobrevino un pleito en el que las partes gastábamos mucho dinero. Mi abogado fue don Antonio Maura y el de mi contrario don Miguel de Villalba Hervás, diputado republicano, paisano mío y excelente persona. El litigio, por lo complicado del asunto, llevaba trazas de no acabar. Por fin, Maura, interesándose por evitar a las dos partes disgustos y gastos, propuso que termináramos el asunto por un arbitraje. A los litigantes nos pareció esto muy bien. Las dos partes elegimos árbitro a don Gumersindo de Azcárate. En poco tiempo desempeñaron su cometido los tres letrados, y Azcárate redactó el laudo que tenía 37 pronunciamientos.

En dicho laudo se me reconocía la propiedad literaria de todas mis obras, lo cual fue para mí un gran triunfo. Las existencias de mis obras, que ascendían a más de 100.000 volúmenes, se adjudicaron a las dos partes, a cada una la mitad. La parte contraria no podía ni reimprimir los libros ni venderlos. Yo sí; pero el laudo me obligaba a no reimprimir sin antes comprar a mi ex socio su parte de existencias, pagadas al contado con el descuento usual en librería. Además se me imponía la obligación de abonar a mi ex socio ochenta y tantas mil pesetas a toca teja, como indemnización y saldo de cuentas que nunca pudieron aclararse.

Comprenderán ustedes que con los gastos del pleito, las ochenta y tantas mil pesetas de indemnización y las expropiaciones de la mitad de las existencias que tuve que hacer, lo ganado hasta entonces se lo llevó el viento.

A don Antonio Maura y a don Gumersindo Azcárate les estaré siempre muy agradecido. En cuanto al amigo Villalba nada malo tengo que decir de él.

—¿Cómo continuó usted editando sus obras?

—Terminada la administración judicial, que estuvo a cargo de mi querido amigo Manuel Marañón, y hecho prolijamente el recuento de existencias para la partición, me

establecí como editor de mí mismo a mediados del año 1897 en la calle de Hortaleza, 132.

En aquel tiempo escribí *Misericordia* y *El abuelo* y empecé con *Zumalacárregui*, la tercera serie de *Episodios Nacionales*. Continuaba el público favoreciéndome. Pero yo no podía vender más obras que las mías, y así me lo hizo saber el delegado de Hacienda al señalarme la contribución que debía yo pagar. Aunque mis libros tenían gran salida, el ingreso por tal concepto no superaba al enorme dispendio de una Casa editorial. Luché desesperadamente para buscar el necesario equilibrio, y en los restantes años vine a comprender que mis esfuerzos laboriosos no podían triunfar de mi inexperiencia comercial. Convencido de que la exclusiva administración de 60 volúmenes no podía subvenir a los gastos de un establecimiento editorial, y viéndome en una segunda era de quebrantos y decepciones, cerré la casa de la calle de Hortaleza y confié la administración de mis obras a la Sociedad Perlado, Páez y Compañía, con quien hice el oportuno contrato.

Yo continuaba y continuó siendo dueño de la propiedad literaria de mis obras, las cuales editaba y sigo editando por mi cuenta. Dos años después hice un nuevo contrato con los Sres. Perlado, Páez y Compañía conservando yo la propiedad literaria y siendo ellos dueños de las existencias. Con dicha Sociedad, compuesta como todo el mundo sabe, de personas serias, laboriosas y honradas, y que tiene una inmensa red de correspondientes y extraordinarios medios de propaganda, continuó en la mejor armonía, esperando resarcirme de los quebrantos anteriormente sufridos.

Don Benito no quiso decir más. Pero nosotros hemos logrado adquirir datos interesantísimos referentes a la publicación de sus obras, y de estos datos resulta que en treinta y cinco años se han impreso de las obras de Galdós *dos millones de ejemplares*, más bien más que menos, sin contar la edición ilustrada que comprende las dos primeras series de *Episodios*. Dicha cifra de dos millones de tomos, parte de 2 ptas. y parte de 3, arrojan un valor bruto de 5.000.000 de ptas., largos de talle. Nos es imposible calcular el beneficio de los administradores y del autor. Lo que sí puede asegurarse es que mucho mayor que este beneficio ha sido el de los intermediarios o libreros, los cuales, por el descuento de venta han embolsado más de millón y medio de pesetas. Cerca del millón anda la cifra del coste material de los libros, imprenta, papel y estereotipia. Hay que advertir que hoy, para dar a este negocio la debida amplitud, se hacen al mercado de América descuentos que llegan hasta el 50 por 100.

En América ha aumentado considerablemente la venta de estas obras, y en las naciones de Europa, sobre todo en Francia, Inglaterra y Alemania.